



## CONVERSACION XLIV.

### SOBRE LA MODESTIA.

Médula. La Modestia que resplandece en tí, nos hace pensar, que nadie mejor que tú, nos instruirá sobre este punto.

Natalia. De ningún modo merezco yo la buena opinión que tenéis de mí.

Odila. Nadie la merece con mejor justicia que tú.

Natalia. Gran cuenta tiene eso de tratar con personas tan cultas y tan atentas, como vosotras soís.

Médula. Pues desde luego preferimos nosotras la Modestia á la urbanidad y cultura. Así que, instrúyenos acerca de aquella, si gustas.

Natalia. Y ¿de qué Modestia queréis que os hable?

Odila. ¿Acaso hay muchas especies de Modestia?

Natalia. Llámase en el mundo Modestia, lo que se opone á la grosería, á la altivez, y á la ambición: y se llama también Modestia lo que es conforme á la decencia, al pudor y á la urbanidad.

Médula. Acerca de esta última deseamos ser instruidas.

Natalia. Pues esa es una virtud que atrae dulcemente, no sólo nuestros ojos, sino también los de Dios y de los Ángeles.

Odila. Según eso, ¿esta es una virtud muy amable?

Natalia. Con solo mirarla en Nuestro Señor Jesucristo, y en la Santísima Virgen, no podían menos de quedar todos prendados de ella.

Médula. No dudamos que así sería; pues aun nosotras, con solo verla en cualquiera persona, sin poderla remediar, experimentamos igual efecto.

Natalia. Ya estoy enterada de que os gusta sobremanera en las demás; pero me estoy temiendo, no sea que os desagrade en vosotras mismas, cuando yo os diga todo lo que es menester hacer para tenerla.

Odila. No temas, no; porque ningún trabajo será capaz de disgustarnos.

Natalia. Sea Muy enhorabuena; y no se necesita menos celo que éste, para salir con ello.

Médula. Expílicate, pues, y cuenta seguramente con nuestros buenos deseos.

Natalia. Pues ved aquí lo que es Modestia: una virtud que regla y compone todo el interior y todo el exterior, según dictan la razón, la decencia y la urbanidad.

Odila. ¿Qué es lo que regla en el interior?

Natalia. Regla el corazón, el espíritu, y hasta la imaginación misma.



Médula. Y ¿qué es lo que hace en el corazón?

Natalia. Allí es donde reside principalmente, y está siempre alerta y en vela, porque no entre en él cosa que pueda ofender á la virtud.

Odila. ¿Por ventura el corazón puede ser inmodesto?

Natalia. Sin duda que sí; es verdad que los mortales no lo echan de ver; pero esto no se oculta á los ojos de Dios que lo vé todo.

Médula. ¿En qué consiste la inmodestia de corazón?

Natalia. Consiste en dar consentimiento á pensamientos inmodestos.

Odila. Mucho, pues, es menester guardarse de dar entrada en él á nada que sea inmodesto.

Natalia. Sí, es necesario guardar cuidadosamente todas las puertas, y aun todas las avenidas y conductos.

Médula. ¿Qué debe hacer cuando se le pone delante alguna cosa inmodesta?

Natalia. Es necesario que se mantenga bien cerrado, sin preguntar siquiera: ¿Quién vá allá?

Odila. Pues ¿no pudiera á lo menos informarse de lo que era aquello?

Natalia. Se necesita guardarse mucho de tal cosa; porque quien se detenga no más que un momento á deliberar y replicar en semejantes ocasiones, está ya medio vencido.

Médula. Con qué zen estos lances no importa que una sea záfia, grosera y descortés?

Natalia. Nunca estará de más cualquiera diligencia en esta parte. Un *no* prontamente dicho; un *no* pronunciado con firmeza, es siempre lo mejor.

Odila. Y ¿por qué dices, que se requiere tanta vigilancia sobre el corazón?

Natalia. Porque el corazón es la principal fortificación del alma, y una vez rendida ésta, todo se rinde.

Médula. Con que ¿ninguna cosa deberá temerse tanto, como el que esta fortaleza se rinda?

Natalia. Mientras ésta no se rindiere, el alma siempre permanece toda entera de su Dios, y por más progresos que hiciere el enemigo, todavía no ha ganado cosa alguna.

Odila. ¿Y si el espíritu llega á rendirse?

Natalia. No hay que tener con todo eso; el enemigo bien podrá hostigarle y combatirle; pero no apoderarse de él, sin consentimiento de la voluntad.

Médula. Tengo mucho gusto en saber eso; porque yo todo lo daba por perdido ya, á la hora que mi espíritu se veía acometido.

Natalia. Pues es una verdad constante, que el espíritu por sí solo, interin la voluntad no concurra también, no es capaz de hacernos reos.

Odila. Con que ¿ninguno será culpable, por solo tener su imaginación ó espíritu lleno de malos pensamientos, aun cuando estos durasen bastante tiempo?

Natalia. No; mientras la voluntad no condescien-



da á ellos: porque solo por la voluntad nos hacemos reos.

Médula. ¿En qué se conoce que la voluntad no asiente á ellos?

Natalia. Cuando estos pensamientos nos desagradan; cuando nos es muy sensible el tenerlos; cuando si esto pendiese en nuestro arbitrio, no tendríamos jamás ninguno.

Odila. Y ¿en qué otra cosa se conoce, que la voluntad no presta su consentimiento?

Natalia. Siempre que procuráremos evitar todas las ocasiones; siempre que desviemos inmediatamente la atención, luego que lo echemos de ver; y cuando al instante nos humillemos en la presencia de Dios.

Médula. Pero muchas veces sucede, que todo lo dicho no basta á ahuyentar estos pensamientos.

Natalia. Eso no os aflija; mediante que estos no son pensamientos vuestros, sino del enemigo; mientras que la voluntad se resistiere, y vosotras no diéreis ocasión ni consentimiento á ellos.

Odila. ¡Oh! Pero ¡qué tormento tan grande no son estos pensamientos para una alma, que ama sinceramente á su Dios!

Natalia. Consoláos con que es muy buena señal el hallar en eso un tormento grande; pues si llegarais á consentir y á tener complacencia en ello, ya no os parecería tan gran tormento.

Médula. Y para disiparlos ¿qué remedio hay?

Natalia. Como el demonio es quien por lo regular

os los sugiere; en ahuyentando á éste, los ahuyentáis también á ellos.

Odila. Mas para ahuyentar á éste ¿qué se ha de hacer?

Natalia. Recurrir á la señal de la Cruz; santiguarse muchas veces sobre el corazón; llamar en vuestro amparo al Santo Angel de la Guarda; arrojarse entre los brazos de Jesucristo; invocar á la Virgen Santísima, que es Madre de la pureza, y á toda la Corte Celestial.

Médula. Grandemente nos parecen todos estos medios.

Natalia. Pues añadid estos otros: levantad primero los ojos al Cielo, y después inclinadlos hacia el Infierno, diciendo: “¡Un solo consentimiento, aunque no dure más que un instante, puede excluirte de aquel para siempre, y precipitarte en éste por toda una eternidad!”

Odila. De esta suerte bien se puede ahuyentar al enemigo, y desvanecer sus tentaciones.

Natalia. Así mismo será del caso que mudéis también de lugar y de postura, como en ademán de huir; y que os ocupéis en alguna cosa que sea capaz de hacer os variar repentinamente de pensamientos.

Médula. Contentas, en extremo nos dejáis con estos medios tan oportunos. Enséñanos ahora á defender nuestra imaginación de las fantasmas ó engañosas visiones del enemigo.

Natalia. No solamente cuando se está despierta,



también mientras se duerme es menester procurar defenderla de ellas

Odila. Pero ¿cómo es posible estorbar lo que acontece en sueños, si entonces no se tiene libre el uso de la razón?

Natalia. ¿Cómo? Desechando, antes de tomar el sueño, todo aquello que mientras él durare, pueda causar estas imágenes ó ideas funestas; pidiendo á Dios con vivas instancias, antes de dormirse, que nos preserve de ella; y cuidando de pedir al Angel de la Guarda, que no permita se acerque á nosotros el enemigo, mientras estuviéramos durmiendo.

Médula. ¿Es por ventura hacerse reos de semejantes imágenes, el haber dado voluntariamente ocasión á ellas, antes de tomar el sueño?

Natalia. No necesito decíroslo; bien claramente lo véis.

Odila. Pero es que entonces no hay libertad.

Natalia. Verdad es, que no la hay; y aun por sola culpa no está en lo que sucede en el discurso del sueño; sino en los momentos que á él precedieron, pues voluntariamente se dió ocasión para ello.

Médula. Dime por tu vida: ¿cómo se detienen eso de haber dado voluntariamente ocasión á una cosa?

Natalia. Haciendo, antes de dormirse, cosas que en el discurso del sueño provoquen y exciten semejantes especies.

Odila. Pon, si gustas, algunos ejemplos sobre esto.

Natalia. Ved lo que ordinariamente suele excitar

aquellas ideas: las lecturas de malos libros; las perniciosas reflexiones, que sobre esto se hacen; los cantares obscenos las conversaciones peligrosas; las familiaridades indecentes; las miradas prohibidas; los exesos en la comida y bebida; y otras mil cosas de esta naturaleza.

Médula. ¿Con qué todas estas cosas nos hacen reos de las imágenes impuras; que nos sobrevienen durante el sueño?

Natalia. No lo dudéis ni por un instante siquiera.

Odila. Según eso ¿será menester estar con un cuidado muy grande?

Natalia. Por mucho que tengáis, nunca estará de sobra: pero no basta esto.

Médula. Pues ¿qué otra cosa nos pides, á mas de lo dicho?

Natalia. Lo que os encargo mucho es, que aunque no hayáis dado anteriormente ocasión alguna á ello, luego que despertáreis, os habéis de humillar delante de Dios, guardandoos mucho de deteneros muda en aquellas especies.

Odila. Ya vemos que no sería conveniente el detenerse en ellas; pero eso es de humillarse, ¿á qué propósito? Una vez que no hay culpa en esto.

Natalia. para merecer ser preservadas de estas cosas en adelante, si es que con efecto no ha habido culpa de vuestra parte en ello; y asimismo, para reconocer delante de Dios, cuán miserables sois por vosotras mismas.



Médula. Quedamos ya perfectamente enteradas de los efectos que obra la modestia en el interior. Muéstranos ahora, que es lo que hace tocante al exterior.

Natalia. Eso será para mañana, si os parece; dejadme respirar un poco.

Odila. De muy buena gana; y nos tendrás aquí sin falta, á la hora señalada.



## CONVERSACION XLV.

SE CONTINÚA LA MISMA CONVERSACIÓN SOBRE  
LA MODESTIA.

Médula. Hemos visto ya de que suerte regla la Modestia el interior, haznos ver ahora, si gustas, de que modo arregla el *exterior*

Natalia. Fuerza será contentaros.

Odila. En eso nos darás mucho gusto.

Natalia. Os diré ante todas cosas, que, una vez que ésta virtud ha llegado ya á ganar el corazon y á dominarle, prontamente se difunde por todo el exterior.

Médula. De esto no nos queda duda; ¿pero qué es lo que en el exterior arregla la Modestia?

Natalia. Arregla todos los sentidos, todos los movimientos, los ademanes, la postura, los pasos, el traje y los adornos, y hasta el modo de vestirse.

Odila. Háznosla ver en cada cosa de éstas.

Natalia. Pues advertiréis en todo una gran exacti-



tud, y no menor delicadeza; y no sé yo si esto os acomodará, ó no.

Médula. ¿Qué ley impone á los ojos?

Natalia. El que no se abran nunca, para ver cosa alguna en que se pueda ofender, ni siquiera en lo mas leve el pudor y hubo algún Santo tan sumamente escrupuloso en este punto, que ni aun quería mirarse á sí propio los piés, descalzos por no faltar á la modestia.

Odila. mucha nimiedad es esa.

Natalia Ni aun sufre la modestia, que nadie se ponga á mirar con demasiada curiosidad ni atencion el rostro á otra persona.

Médula. ¿Acaso es malo que una niña se detenga á mirar la cara á otra niña; y así de las demás personas?

Natalia. no digo yo que esto sea malo; lo que digo es, que la Modestia no lo permite, cuando se hace con demasiada curiosidad y atención.

Odila. ¿Y qué malas consecuencias puede esto acarrear.

Natalia. No me engañaba yo cuando os dije, que tal vez nos acomodarian las leyes de la Modestia.

Médula. Pero finalmente muéstranos que consecuencias puede traer esto.

Natalia. Yo no tengo consecuencia ninguna que manifestaros, ni tampoco se necesitan aquí racionios ni réplicas; lo que os he dicho es, que ésta es una de sus leyes: á vosotras os toca el someteros á ella si es que deseáis poseer esta virtud.

Odila. Eso es lo que propiamente se llama hablar. Dinos que leyes son las que impone á los oidos.

Natalia. Que jamás escuchen nada que pueda ofender á la honestidad y decencia.

Médula. Pues para eso sería preciso, no ver ni tratar con nadie.

Natalia. Tened presente para toda la vida, que jamás devéis contar en el número de vuestras amigas á aquellas personas que sean capaces de olvidarse de sí mismas, y de llegar á un tal extremo.

Odila. Es que á veces, sin querer, se suele tropezar con semejantes personas.

Natalia. Pues luego que las reconozcáis por tales, huid de todos aquellos parages donde juzguéis se les puede encotrar.

Médula. De esa manera será preciso no salir á la calle; pues donde quiera se encuentran no pocas de este caracter.

Natalia. En ese caso cerrad de tal modo los oidos, que lo que ellas dijeren no llegue á vuestro corazón.

Odila. Aunque lo oigamos procuraremos que esto sea con indiferencia y sin poner mucha atención en ello.

Natalia. Eso es lo que á vosotras os parece ahora; mas la experiencia muestra, que el demonio sabe aprovecharse de la ocasión para traéroslo á la memoria frecuentemente.

Médula. No hay arbitrio para resistirse á la evidencia de esto que dices; por que es sobradamente cierto.



Natalia. Uno de los artificios del enemigo es, haceros como insensible al tiempo que escucháis alguna cosa para luego hacer él que os deis por muy entendidas de ellas.

Odila. Convenimos en que eso es así; ¿Que leyes impone la Modestia á la lengua?

Natalia. Hacer que enmudesca á cualesquiera palabras que puedan ofender el pudor.

Médula. Sin dificultad ninguna subscribimos desde luego á esto; pues por muy poca crianza que se tenga, nunca se dicen semejantes palabra; eso es bueno para gentes de la ínfima plebe.

Natalia. La hace tambien enemiga de lo que se llama delicadeza en materia de viandas y licores.

Odila. Pues ¿qué? ¿esta delicadeza ofende tal vez á la modestia?

Natalia. Habéis de saber, que todo aquello que favorece y fomenta á la sensualidad, expone á peligro de perder la Modestia; y que esta virtud y la templanza son dos hermanas inseparablemente unidas.

Médula. Eso si es cosa nueva para nosotras.

Natalia. Pues, por poco que reflexionéis, veréis, que es verdadera esto que os digo.

Odila. Así lo conocemos. ¿Tiene tambien la Modestia sus leyes tocante á las manos?

Natalia. Sí por cierto: y quiere que siempre se mantengan puras, sin tocar cosa alguna que pueda mancharlas.

Médula. ¿Es esto solamente lo que prescribe para las manos?

Natalia. Muchas acciones hay, que no manchan las manos, y con todo eso no las permite la Modestia.

Odila. ¿Permite que se toque ó manosee á las demás, y dejarse manosear de ellas?

Natalia toda persona que quisiere ajustarse exactamente á las leyes de la Modestia, ni ha de tocar á nadie, ni de nadie ha de dejarse tecar ni aun con la punta del dedo.

Médula. Execiva parece ya tanta exactitud y formalidad.

Natalia. Pues los Santos hasta ese punto la han observado; recomendándola además de eso, con el mayor encarecimiento.

Odila. ¿Hay algo de malo en esto?

Natalia. No sienpre suele haberlo; pero peligro sienpre le hay: y la Modestia no permite que nos exponamos á peligro.

Médula. En resumidas cuentas, vemos que apuras las cosas hasta el último término.

Natalia. Bien os decía yo; que os acomodaríaís á todas estas leyes.

Odila. Yo no me atrevo ya á pedir que nos digas, que malas consecuencias pudiera esto acarrear; porque me acuerdo muy bien de la respuesta que diste á esta palabra de *Consecuencias*.

Natalia. Puedes excusar ya el preguntármelo, ha-



biendoos dicho, que á lo menos hay peligro en ello; y y esto os debe bastar.

Médula. Con qué ¿ello no tiene remedio? ¿Es preciso hacerlo conforme tu dices?

Natalia. Sí; si es que quieréis obedecer las leyes de la Modestia.

Odila. ¿Que leyes son las que da en orden á los movimientos, ademanes, postura y modo de andar?

Natalia. Que en todo eso no haya cosa que indique sensualidad ni afectacion.

Médula. No permite que se crucen las piernas, ni el recostarse delante de la gente, sobre el respaldo de una silla ó un canapé; ni andar con precipitacion ó con insolencia y dejamiento, ni el tener un porte ó una traza afectada?

Natalia. Digo que nó; por que todo es incompatible con la Modestia.

Odila. Y pregunto; ¿tiene esto algo de malo?

Natalia. No habéis de mirar si esto es malo, ó no es malo; atended solamente á que lo contrerío es bueno y muy conforme á las reglas de la Modestia.

Médula. Pero quisieramos saber si és molo ó no.

Natalia. Un alma que deveras ama á Dios; se ocupa mucho más en averiguar lo que es bueno para hacerlo, que en saber lo que es malo para evitarlo.

Odila. Bien está; pero esto mismo nos aseguraría más.

Natalia. Vuelvo á decir que eso denota que casi no tenéis amor á lo bueno.

Médula. por todas partes nos las mulles muy bien.

Natalia. Yo lo siento, ciertamente; pero lo tenéis bien merecido.

Odila. Pues ya que por aquí no podemos sacar de tí ningún partido, acabemos con ello; y dínos que reglas es necesario guardar tocante á los vestidos, adornos, y al modo de vestirse.

Natalia. La Modestia pide un punto de vestidos y adornos, que nada haya en ellos de superfluo, nada de soberbio, nada de muy sobresaliente.

Médula. Pero ¿y si la condición ó clase de las personas lo requiere así?

Natalia. seguid en hora buena las reglas de vuestra condición; pero tirando; siempre mas bién á disminuir que á aumentar; y usando siempre en vuestro estado de aquello que sea mas sencillo y mas modesto.

Odila. y en cuanto al modo de vestirse ¿qué reglas se han de observar?

Natalia. Guardad siempre en este punto la mas cabal Modestia, ahora sea en cuanto al estilo, aire y corte de los mismos vestidos; ahora en cuanto á la manera de ponérselos, ó de quitárselos.

Médula. Y en caso de que la moda autorice unos vestidos muy cortos ó muy escotados, ¿se podrá entrar en este estilo?

Natalia. Como deis en seguir semejantes modas, abandonaréis vosotras á la Modestia, y la Modestia os abandonará á vosotras; pues la mujer que llega á perderla en una cosa la pierde en todo lo demas.



Odila. Ya está visto que contigo no hemos de sacar nada en limpio; y que nada, nada quieres rebajar de cuanto has dicho.

Natalia. No soy yo quien no quiere rebajar, sino que es la Modestia; sus leyes son tan sagradas como inexorables; así por mas escrupulosamente que las observéis, nunca temáis exederos en este particular.

Médula. ¿Se extienden tambien sus leyes aun á los muertos?

Natalia. Sí; queriendo que se les trate con el mismo respeto, que si estuviesen vivos.

Odila. Pero ¿qué cuidado puede darles esto á los muertos, ni tampoco lo contrario?

Natalia. ¿Qué cuidado? No tenéis mas que leer el Cap. 18.º tom. 3.º de las *Vidas de los Santos Padres del Desierto*; y veréis, si es verdad ó no lo que os digo (1).

Médula. Ea, pues; esto es hecho; nuestro partido por tomado ya; que es, el de seguir puntualmente todas las leyes de la Modestia.

Natalia. Yo lo deseo así; y nada podrá darme mayor gusto que esto.

(1) El siguiente caso hace comprender bien, cuanta es la Modestia, con que es necesario portarse con los muertos.

“Habiendo llegado á mi noticia, dice cierto joven, que la hija de uno de los Sugetos principales de la Ciudad había fallecido; y que para llevarla á enterrar fuera de la poblacion ó

## CONVERSACION XLVI.

SOBRE LAS MODAS.

Camila. Como hoy en dia nada hay mas de moda

extramuros de ella (\*), la habian amortajado con muchos y muy preciosos vestidos; la perversa constumbre que yo tenia de hacer mal, me sugirió que yo entrase por la noche en el lugar donde estaba su sepulcro; desenterréla; despojándola enteramente sin perdonar ni aun la camisa la dejé tan desnuda como estaba cuando nació”

“Hecho esto y queriendo yo salir de allí, veo que se levantan

\* Los repetidos ejemplos de esta especie, que se encuentran en la Historia Eclesiástica (muchos de los cuales pueden verse en el erudito informe dado al Consejo por la Real Academia de la Historia en 10 de Junio de 1783,) no solo confirma la loable constumbre y disciplina tanto antigua como moderna de enterar los Cadáveres fuera de los Pueblos; sino que recomiendan gran en manera las sábias y paternales intenciones de nuestro Augusto Monarca explicadas últimamente en su Real Cédula de 3 de Abril del presente año tocante á cementerios.